

35 25

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Viejas Postales Descoloridas
EL CORONEL Y EL DOCTOR
(DEL ANECDOTARIO DE ALHAMBRA)
POR FEDERICO VILLOCH

(Del anecdotario de Alhambra)

EL alto y noble ejemplo de comprensión y civismo que están en estos días ofreciendo al mundo, así el Gobierno saliente como el entrante de nuestra República, trae a la memoria del postalista, y pide un lugar en este anecdotario de Alhambra el estreno de aquella obra «La intervención cubana», libro de Villoch y música de Jorge Ankerman, que con ruidoso éxito tuvo lugar en aquel teatro durante la famosa penitencia que siguió al histórico movimiento del 4 de Septiembre, desarrollado en Columbia a raíz de abandonar el territorio nacional su presidente hasta entonces el general Gerardo Machado. De esto, caros amigos, se han cumplido ya once años, y una vez más viene a demostrarse que la Historia se repite continuamente, dándose hoy, como entonces, el caso de que vuelva a salir a la publicidad aquella cómica muletilla que constituyó el éxito de la citada obra:

—Con su permiso, Coronel...

—Usted lo tiene, Doctor...

Con motivo de ciertas anomalías políticas que allá por 1930 habían tenido lugar en la República de Norteamérica, y la reclamación tumultuosa que de sus pagas habían hecho en Washington los veteranos de la Guerra Mundial, llegando hasta amenazar al propio Congreso, el Gobierno cubano había acordado intervenir para poner orden y paz en aquella República. El negrito Acebal, que era el que conducía el Ejército Invasor, llevaba en lo alto un gran cartel en el que se leía:

«En todas partes cuecen habas. Ahora nos tocó a nosotros intervenir».

Dos noches consecutivas tuvo el teatro Alhambra el gusto y el honor—de recibir en su escenario la visita del que era entonces, 1933, el sargento Fulgencio Batista, ascendido después a Coronel, y el que había sido nombrado en Columbia por un grupo de amigos revolucionarios, Presidente de la República, el doctor Ramón Grau San Martín, ambas visitas con motivo de la ya citada obra «La intervención cubana», cuyo éxito principal consistía en el regateo de consideraciones

y respeto entablado entre los dos protagonistas, y mediante el cual, cada vez que el Doctor iba a hablar, pedía permiso al Coronel, y éste, a su vez, también se lo pedía al Doctor en el mismo caso, con lo que el autor quería darle a entender al público que aquel Gobierno, hijo de una madrugada que le costó la silla a Carlos Manuel de Céspedes, era bicéfalo, y que nada se podía hacer, ni llevar a cabo, sino con una sola cabeza directriz, chiste o lo que fuera que corrió por toda la Habana como un reguero de pólvora y hacía que el teatro se abarrotase de público todas las noches, lo que, como se comprenderá, les hizo la mar de gracia a los «interesados», despertándoles la curiosidad de ir una noche al teatro, para verse los dos allí de cerca.

El primero en mandar un recado a la empresa para manifestarle el gusto de ver la función, fué Batista, y dicho se

está que en el acto se le separó un grillé para complacerle, y a la noche siguiente hizo lo propio el doctor Grau. Recordamos que Batista vino acompañado de varios de sus jefes y oficiales más íntimos, entre ellos, Belisario Hernández, entonces su hombre de confianza, y que Regino, con su característica ruda franqueza, le dijo al coronel, viendo tantos soldados y ametralladoras por todas partes: «Está usted entre amigos, y aquí no necesita usted de cañones ni de escoltas ni de guardaespaldas».

Acompañamos en el grillé al Coronel varios artistas «francos de servicio» y el postalista, autor de la obra.

El Coronel recogía sus alusiones lo más serio posible, como si quisiera permanecer siempre «en el cuartel», y cuando no podía más, se retiraba un poco hacia atrás en su asiento, para no ser visto del público, y se reía con todas sus fuerzas. Pepe del Campo, que interpretaba el rol del Coronel, ponía todo lo suyo, que es como decir que sacaba el papel de quicio y le hacía largar al público las tripas a fuerza de estrepitosas carcajadas. Regino no tenía papel en la obra, lo que era de sentirse, a causa de haberse estrenado ésta en uno de los frecuentes viajes que hacía a Nueva York: a él le interesaba más las decisiones de los clubes peloteros americanos, que las rencillas de casa, y hacía bien.

Entraban y salían los jefes y oficiales en el grillé donde se hallaba Batista, trayendo recados y recibiendo órdenes; lo que dijimos: «en el cuartel». El público, que se da cuenta en seguida de todo lo que sucede en el interior del teatro, se la

TRIMONIO
DOCUMENTAL
CENTRO DEL HISTORIADOR
LA HABANA

dió de la estancia de Batista en el grillé platea de la derecha, bajo del escenario; y excusado es decir que no le quitaba los ojos de encima, siguiendo paso a paso, y detalle por detalle, todos los incidentes de la obra. Cuando ésta terminó, el Coronel se despidió de todos con la mayor afabilidad y cortesía y hubo lo de cuadrarse y saludarse unos a otros a lo militar, etc., etc., movimiento de tropa, cuidado al jefe, y apretones de mano de éste a autores y artistas, en agradecimiento al buen rato—hora y media—que había disfrutado durante la representación de la obra. La había hecho mucha gracia lo de

- Con su permiso, Doctor...
- Usted lo tiene, Coronel...
- Con su permiso, Coronel...
- Usted lo tiene, Doctor...

Al día siguiente vino el doctor Grau acompañado de uno de sus ayudantes, y del entonces jefe de la Marina de Guerra Nacional, nuestro primo, el comandante Salvador Menéndez Villoch, y ocupó el grillé planta baja de la izquierda, y entonces le tocó a su vez a Otero, como la noche anterior le había tocado su turno a Pepe del Campo. Otero—el «gallego» de más gracia que ha pisado las tablas habaneras, después de Pirolo y de Regino—tenía a su cargo el papel de Doctor, y lo desempeñaba marcando ex profeso la pronunciación española característica del doctor Grau: —Yo no quiero nada de esto, señor—decía en uno de sus parlamentos—, a mí me han ido a buscar a Asturias para meterme en estas andanzas. Con su permiso, Coronel. Nos hemos encontrado esto hecho un

nido de gallinas pluecas, nos va costar mucho trabajo poner otra vez en orden el gallinero. Con su permiso, coronel. A mí que me dejen con mis muchachos, y con mis clases, y mis libros, y mis asuntos particulares. Con su permiso, Coronel.

Y cuando el Coronel contestaba: Usted lo tiene, Doctor, Otero daba las gracias, cargando la frase con cuatro «ces» por lo menos. Y Grau se reía en su grillé como uno de sus muchachos, en día de asueto: tirándose sobre la silla, dándose de cabezadas contra las paredes, apretándose el vientre con ambas manos, rebotándose de risa, como si dijera, adelantándose a Trespatines: —¡Diga la gente lo que diga; pero yo gozo!...

¡De ésto, caros amigos, se han cumplido ya once años! Muchos de felicidad, de satisfacciones y de triunfos habrán gozado el Coronel y el Doctor en

ese período de tiempo; pero dad por seguro que aquellas dos noches del teatro Alhambra, presenciando la obra de gran éxito, de la que todo el mundo hablaba en la Habana, «La intervención cubana», serán las que con mayor relieve se destaquen en sus recuerdos; precisamente porque se hallaban tan fuera de las enconadas luchas políticas, aquellas dos noches en que gozaron y rieron con toda la fuerza de sus generosos corazones criollos el Coronel y el Doctor. Si se sabe esperar, todo llega, y se realiza y se cumple en este mundo: las más absurdas ficciones que hayamos podido concebir, el ansia mayor de poder y gloria que haya logrado encender nuestros pechos; y sobre todo, el santo y noble ideal que ha sido norma, estrella y guía de toda una existencia. Y cábele al postalista el gusto y la satisfacción de ver reproducido al cabo de esos años, en la realidad, aquel estribillo en que se basaba el éxito de su obra «La intervención cubana». El día 10 de octubre, ya próximo, los dos protagonistas de aquella ficción teatral se convertirán en dos seres reales, y se encontrarán en la sala de recepciones de la mansión del Ejecutivo, frente a un público compuesto en parte de aquél que en el teatro Alhambra seguía el desenvolvimiento de la citada ficción cómica, y ante la silla presidencial, que por derecho aún ocupará el antiguo Coronel, el Doctor le dirá, pidiéndole permiso para sentarse en ella, y ocuparla, como Presidente que acaba de ser electo de la República de Cuba:

—¿Me permite usted, general Batista?

Y el General, con su sonrisa más cortés, y sus más finas maneras, se levantará, diciéndole, al cedérsela:

—¡Con mil amores, doctor Grau San Martín!

Y el enorme público que ocupará la sala, y llenará los alrededores de Palacio, y se hallará expectante a todo lo largo de la Isla, volverá otra vez a aplaudir con el mismo entusiasmo de aquella noche en el teatro Alhambra, al CORONEL Y AL DOCTOR.

San Julio 20/44

